



Traición

**UN ANÁLISIS CRÍTICO DE LA CULTURA DE LA
VIOLACIÓN EN LAS SUBCULTURAS ANARQUISTAS**

Título original: *“Betrayal: A critical analysis of rape culture in anarchist subcultures”*

Edición original: *Words To Fire Press*

Traduce y edita: Distribuidora Anarquista Polaris

<https://distripolaris.noblogs.org>

distripolaris@riseup.net

 : @distripolaris

Galiza, primavera 2023



Algunas palabras previas

La intención de traducir y editar este texto surge de la necesidad, por desgracia aun muy vigente, de cuestionar e interpelar la existencia de una cultura de la violencia sexual dentro de ambientes anarquistas. A pesar de todos los esfuerzos y sufrimientos de nuestros compañeres por visibilizar el problema, crear y compartir recursos, elaborar protocolos, registrar testigos, exigir justicia o cobrar venganza, la amenaza persiste. No pensamos que se trate de un problema tampoco de escasez de herramientas, pues los textos, las reflexiones, los talleres, y la larga lista de acciones en contra de la violación dentro y fuera de los espacios específicamente antiautoritarios están ahí. El problema, a lo mejor, tiene más que ver con la actitud que tenemos ante este asunto.

Quien traduce, maqueta y edita este material y escribe esta introducción me identifico como hombre cishetero. Pienso que tengo una responsabilidad conmigo mismo, con el resto de mis compañeres, y en general, con los compromisos que conlleva reconocerse como anarquista. Esto no se trata de hacer de maderos unes con otros, como dice Clementine Morrigan, decir “fuck the police” significa que no actuamos como policías entre nosotros. Más bien, se trata de invitarnos a todos, y especialmente a todos, a un recorrido incómodo pero fundamental, en la búsqueda de formas de tratarnos, cuidarnos y amarnos o desearnos que sean auténticas, justas y verdaderamente emancipadoras y libertarias, y sobre todo, por la demolición de una vez de todo ese monstruo que es la violencia sexual y, en general, el Patriarcado. Esperamos que sirva de ayuda.

Una pequeña aclaración...

En la edición original en inglés, los autores aclaran que el uso del lenguaje de género neutro en el texto es totalmente intencionado, y que pese a ser conscientes de que el Patriarcado es un sistema de poder estructural y que la mayoría de agresores que se han encontrado son hombres cis (así como la mayoría de supervivientes eran mujeres y/o identidades disidentes), también se han topado con personas no masculinas que les habían agredido, o que habían reproducido esa Cultura de la Violación pese a no partir en principio de posiciones de privilegio. Nosotres, al traducir, hemos querido respetar al máximo este intento de reflejar la responsabilidad colectiva sobre esto, y por eso el texto está escrito con lenguaje inclusivo o con palabras neutras también cuando nos referimos a agresores. Esto nos genera contradicciones pero pensamos que esa incomodidad puede ser también un buen punto de partida para debates y reflexiones necesarias.

No pretendemos para nada negar que los tíos (y especialmente hombres cishetero) ocupan históricamente lugares de poder dentro del Patriarcado. Somos conscientes de dicha dimensión estructural y es desde ahí desde dónde creemos necesario abordar este problema. Sin embargo, nos parece interesante (e importante) el enfoque que aportaron los autores del texto.



Exención de responsabilidad

Estamos jodidamente hartes de "exenciones de responsabilidad". Nos molesta tener que disculparnos por nuestras palabras y justificarlas antes incluso de haber hablado. Nos amarga lo especializados que se han vuelto los debates sobre violación, agresión sexual y abuso. Nos sentimos insultades y avergonzades de tener que señalar constantemente que no estamos hablando en nombre de todes les supervivientes, como si tal cosa fuera posible. Claro, apreciamos un aviso de contenido bien colocado. Es una buena etiqueta. Pero cuando los intentos fanáticos de evitar mutuamente el "*trigger*"* sirven como herramientas para relegar a los márgenes las discusiones sobre violencia interpersonal, para envolver la cuestión en una cajita ordenada que solo se saca en ocasiones especiales en las que se puede garantizar una ilusión de "seguridad"... entonces empezamos a cabrearnos. Si solo hablamos de nuestra opresión desde la posición de la seguridad, siempre estaremos en silencio. Si no podemos aprender a trabajar a través del "*trigger*" entre amigos y compañeros, estaremos mal equipades para el trabajo en su ausencia. Una atmósfera de nerviosismo impregna el debate, y pedimos consejo a les especialistas en parte por nuestro miedo a decir algo incorrecto. Pero de lo que estamos hablando es de nuestras propias experiencias, un tema en el que todes somos expertes. Así que anhelamos el día en el que no necesitemos colocarnos bajo ninguna exención de responsabilidad ni de cualquier otra etiqueta para el caso.

Pero al mismo tiempo, reconocemos que todavía no hemos llegado ahí. Estos temas siguen estando tan cargados, y el apoyo disponible es tan escaso, que nuestras palabras mantienen un tremendo potencial de hacer daño. Así que, mientras tanto, debemos tener cuidado cuando hablamos, para así no convertirnos en aliades involuntaries de las fuerzas a las que pretendemos oponernos. Con eso en mente, ofrecemos algunas aclaraciones antes de comenzar...

Algunes de les autores de este texto son supervivientes, otros están reflexionando sobre su propio rol como personas que han sido abusivas en el pasado, pero todes comparten un compromiso de luchar contra la Cultura de la Violación. Cuando decimos "nosotres", no nos estamos refiriendo a "supervivientes", ni siquiera al grupo de autores, sino a cualquiera que esté de acuerdo con la declaración realizada, y quizá, de forma más amplia, a cualquiera que se vea a sí mismo como

***Nota de Traducción:** En inglés, "*trigger*" significa gatillo o desencadenante. "*Trigger warning*" es un aviso de contenido sensible. No lo traducimos porque trigger se usa también en castellano para aquello que puede (re)activar el trauma o herir la sensibilidad de personas vulnerables.

parte de esta lucha.

Seguramente hay supervivientes cuyas experiencias aparentemente contradicen los argumentos presentados aquí. Pero, por supuesto, los ejemplos citados a lo largo de este texto no pretenden ser exhaustivos ni abarcarlo todo. No vemos nuestras propias experiencias como ejemplares para las vivencias de todos les supervivientes, ni siquiera para la mayoría. Sin embargo, sí proporcionan ejemplos de cómo se ha materializado la Cultura de la Violación en nuestras propias vidas, un punto que creímos que valía la pena compartir.

Se nos podría criticar, con razón, por centrarnos tanto en los ambientes anarquistas, con el cual, por supuesto, muchos supervivientes no se identifican. Pero veíamos poca utilidad en intentar extendernos más allá de nuestras propias experiencias con la esperanza de ser más "relevantes". También esperamos que un análisis anarquista del Poder y de la lucha proporcione un marco útil para deconstruir el funcionamiento de la Cultura de la Violación, y esto tal vez podría dar perspectiva incluso a aquellos que no están familiarizados con la subcultura anarquista. Tenemos la creencia de que las dinámicas que hemos descrito resonarán en otros ambientes también.

Nuestros amables lectores también notarán que hemos elegido usar un lenguaje de género neutro a lo largo del texto. Por supuesto, la mayoría de supervivientes son mujeres o personas no conformes con las identidades de género patriarcales, mientras que la mayoría de autores de esas agresiones son hombres cis. La neutralidad de nuestro lenguaje oscurece la naturaleza sistemática no solo de esto, sino en general de la forma en la que la violencia interpersonal ha sido constantemente una herramienta para la invasión colonial, la ocupación imperialista y el mantenimiento de la supremacía blanca. Oscurece la forma en la que la organización contra la violencia interpersonal ha sido históricamente cooptada por feministas blancas de clase media, dejando a las mujeres racializadas**, las mujeres pobres, las personas queer y trans, con menos acceso a recursos de apoyo. No era nuestra intención despolitizar la naturaleza de la violencia interpersonal con un lenguaje neutro en cuanto al género (¡ciertamente, cuando se trata de género no somos neutrales!). Pero habiendo dicho esto, también queríamos reconocer que la gente de todas las identidades y con todos los recorridos

**** Nota de Traducción:** En la versión original del texto en inglés, la expresión utilizada es "*women of colour*" (mujeres de color). Hemos decidido sustituirla por mujeres racializadas, ya que algunas personas negras nos han expresado que el concepto "persona de color" es racista (¿acaso las personas blancas somos transparentes? ¿no tenemos color? ¿o el color solo cuenta cuando no es el que la supremacía blanca establece como hegemónico?).

vitales, pueden ser tanto supervivientes como agresores, o incluso ambas al mismo tiempo. No queríamos que aquellos cuyas experiencias no encajan en los binarios opresivos se quedasen aun más marginades aquí.

Finalmente, **ofrecemos unas pocas definiciones**, no para que podamos dictar cómo se deben usar estas palabras, sino para que se pueda entender cómo se pretendía su uso en este texto:

Cultura de la Violación: Una cultura que busca excusar, condonar, normalizar y alentar a la violencia interpersonal.

Violencia interpersonal: Un término paraguas usado comúnmente para describir diferentes formas de violencia que son infligidas sobre una base interpersonal pero tienen su raíz en sistemas de poder expansivos. La violación, la agresión sexual, el acoso sexual, así como el abuso sexual, físico y emocional dentro de relaciones son todos ejemplos de violencia interpersonal.

Superviviente: Una persona que ha experimentado o está experimentando violencia interpersonal, según definen los propios supervivientes.

Agresor: Una persona que ha infligido violencia interpersonal a otra(s) persona o personas, según definen los propios supervivientes.

Autonomía de los Supervivientes: El fundamento teórico en el que se basa la mayor parte del trabajo de apoyo radical. La autonomía de le superviviente es el concepto de que debemos conceder a una superviviente el poder y la autonomía para decidir por sí misma cómo tratar con su propio trauma, y de que el papel de sus apoyos es empoderar y alentar esta autonomía. Esto se encuentra en contraste con otros enfoques que no consideran que los supervivientes tengan la mejor comprensión de sus propias necesidades ni reconocen como verdaderamente únicas y diferentes las necesidades de cada superviviente en particular, y en su lugar buscan imponerles la manera "apropiada" de sanarse.

Apologistas: Aquellos que, a través de la acción o la inacción, buscan defender el poder de los agresores o el desempoderamiento de los supervivientes, reproduciendo así la Cultura de la Violación.

Proceso de responsabilización: Un proceso a través del cual una agresore intenta responsabilizarse de las personas a las que hizo daño, y se involucra en una reflexión propia con el fin último de cambiar su comportamiento a largo plazo.



Parecería que en todo el entorno anarquista, mires dónde mires, hay una comunidad siendo devastada por la violación, la agresión sexual y el abuso. Estos ciclos no son nuevos ni exclusivos de les anarquistas. A primera vista, parece sorprendente que nuestras comunidades se encuentren, como mínimo, tan vulnerables a la violencia interpersonal como cualquier otra. Después de todo, ¿no partimos de la oposición a la dominación, sin la cual la violencia interpersonal no podría existir? Y aun así, lo único que mantiene unidas a estas comunidades, una política o un análisis político supuestamente compartido, es a menudo el punto más débil en las respuestas anarquistas a la violencia interpersonal.

A pesar de ser una comunidad explícitamente política en su naturaleza, les anarquistas a menudo despolitizan la violencia interpersonal y la divorcian de sus raíces en el poder sistémico. Por ejemplo, la necesidad de buenas prácticas de consentimiento se vuelve confusa con la creencia de que informar a la gente sobre el consentimiento transformará nuestras comunidades, como si la violación fuese el resultado de la ignorancia o la falta de información, y no de estructuras de poder profundamente arraigadas.

Las estrategias que les anarquistas han adoptado, tales como los procesos de responsabilización, con frecuencia fallan en abordar la violencia interpersonal en nuestros ambientes.

El aparente fracaso del proceso de responsabilización para transformar nuestras comunidades es a menudo visto fuera del contexto de ese fracaso, sin examinar las fuerzas sociales más amplias que han contribuido a él. Este descuido es un resultado de dicho proceso y también un precursor del mismo. Los procesos de responsabilización estrechan nuestro foco; nos confrontan con sistemas de poder expansivos mientras nos aseguran que tratar con instancias individuales los deconstruirá. Hablamos de patriarcado, colonialismo, heterosexismo, pero tratamos solo con un agresore.

En nuestras conversaciones casuales, estamos de acuerdo en que *“el poder no concede nada sin la amenaza de la fuerza”*, pero nuestros intentos de responsabilización generalmente toman la forma de persuasión moral, basándose en nociones de justicia liberales-burguesas. Como si nuestras elecciones fuesen más que una reacción calculada a las condiciones materiales en las que nos encontramos. Por supuesto, un agresore escoge buscar o rechazar su responsabilidad, pero ¿qué hace posible esta elección? ¿qué condiciones promueven estos sentimientos de derecho sobre otra persona? Son esas

condiciones las que, cuando se ven desde el terreno de la lucha, deben reconocerse como lo que son: territorio enemigo. Es desde esta realización que intentamos lanzar nuestro ataque.

La insistencia en que la violencia interpersonal es perpetuada por algo más que solo los agresores reales no pretende desviar la responsabilidad para alejarla de dichos agresores. Por el contrario, es un reconocimiento de los muchos factores que les autorizan a eludir la responsabilidad. Igual que el yuppie de los suburbios requiere de un sistema social vasto y complejo para enmascarar las consecuencias negativas de su destructivo estilo de vida, un agresor que rechaza la responsabilidad es a menudo capacitado por una red social similar. Tales redes no están compuestas solamente por aquellos que defienden explícitamente a un agresor, sino por todos los que aseguran que el equilibrio de poder permanezca inclinado a su favor. El aspecto que éste tiene en términos prácticos variará. Silenciamiento, represión, recuperación, o a menudo combinaciones de varios de estos métodos, son usados contra los supervivientes y su lucha. El factor definitorio siempre será lo que reproduzca más eficazmente la Cultura de la Violación.

Silenciando la lucha

“Al final, no serán las palabras de nuestros enemigos lo que recordemos, sino el silencio de nuestros amigos.”

El término "silenciar" se ha popularizado en nuestras comunidades, pero solo con una definición limitada. Llamar mentiroso a un superviviente, conjurar sus experiencias sexuales, sus desviaciones, o su estilo de vestir para echarles la culpa, o por el contrario para insinuar que "se lo estaban buscando", son todos comportamientos con los que la mayoría de los anarquistas fruncirían el ceño, aunque rara vez se molestan en confrontarlos. Esta hipocresía nos da una pista de un problema mayor, revelado por una mirada más cercana a nuestra concepción de lo que es "silenciar". Los ejemplos mencionados solo se aplican a le superviviente que ha expuesto a su agresor, o que ha hablado abiertamente sobre sus experiencias. Pero, por supuesto, muchos supervivientes nunca llegan tan lejos.

Entonces, ¿Qué les silencia? ¿Son los otros miembros de su grupo de afinidad, que mantienen una falsa separación entre la lucha contra el Estado y la lucha contra otros sistemas de poder (especialmente aquellos de los que se benefician)? ¿Son los compañeros de piso que nunca reconocen dinámicas jodidas por miedo a

a activar el "trigger" de alguien, como si una oferta de apoyo fuese a ser más impactante que el aislamiento total? ¿Son los demás asistentes al espectáculo que descartan la lucha por quisquillosa, demasiado personal, o por ser mero "drama", como si un superviviente que lucha contra su opresión estuviese siendo "dramático"? ¿Son los compañeros de su colectivo que lamentan "no estar en posición" de ofrecer apoyo, mientras siguen en posición de pasar el rato con agresores de manera regular? ¿Es la persona conocida que afirma no estar en posición de confrontar a los agresores porque ni siquiera tienen amistad, o la persona conocida que afirma lo mismo porque sí es amiga de los agresores? ¿Es la gente que organizaron ese evento, los que dicen que no saben nada de la situación, mientras hacen todo lo que está en su mano para asegurarse de que nunca lo sepan? ¿Es su compañera de banda musical que afirma que puede entender "ambos lados", o que evita los bandos por completo, como si esto no fuese una jodida guerra? Incluso hemos visto a apologistas de la violación dar la vuelta a la Autonomía de los Supervivientes, alegando que no habían recibido instrucciones explícitas de un superviviente, ¡así que por supuesto no tuvieron otra elección que mantener una amistad acrílica con sus agresores! Quizá no es el silencio de los supervivientes, sino el de aquellos que los rodean, lo que es verdaderamente revelador. Sin nadie que diga lo contrario, un superviviente solo puede asumir que recibirá el mismo trato que todos los demás supervivientes que les precedieron.

Si ampliamos nuestra definición de lo que es "silenciar" a todo aquello que trabaja para mantener el silencio, entonces no estamos definiendo solamente unos pocos comentarios especialmente insensibles. En cambio, lo que hemos implicado es la totalidad de nuestra cultura.

Entonces, ¿qué hay de la responsabilidad? Abuso, agresión, una total falta de responsabilidad; todos son asuntos habituales en el mundo tal y como lo conocemos. Pero la normalidad se mantiene más eficazmente a través de la complacencia de las masas que a través de la brutalidad de sus amos. Mientras la violencia proporciona el fundamento a través del cual se reproduce la Cultura de la Violación, también presenta ciertos riesgos: que su experiencia compartida pueda crear lazos de solidaridad, que las líneas del conflicto se tracen con más claridad, que la gente contraataque. El proceso de normalización busca socavar estos riesgos invisibilizando la violencia. Los apologistas obvios, los matones que te llaman "puta" como si fuese algo malo y creen que el agresor es la víctima, ni se acercan a normalizar la violencia como sus cómplices más sutiles, quienes guardan completo silencio sobre el tema. Estos apologistas más sofisticados comparten espacio con los agresores; marchan junto a ellos en manifestaciones y

bailan con ellos en fiestas, sin pronunciar jamás una sola palabra sobre violencia interpersonal. Cuando se les obliga a hablar del tema, suspiran y dicen que “es complicado...”. Incluso pueden afirmar estar disgustados por la violencia, aunque en su mayoría lo que están es tristes porque hayas tenido que interrumpir su evento para confrontarla. Se lamentan “*¡si lo hubiera sabido!*” mientras mantienen sus cabezas a propósito en un agujero en el suelo.

Desatando la represión

Esta conspiración de silencio no solo busca terminar con la lucha de un superviviente antes incluso de que haya empezado, sino también proporcionar el telón de fondo para lo que le va a pasar a las pocas personas supervivientes que se niegan a ser amordazadas. Para un superviviente, hablar abiertamente de sus experiencias en un clima así solo se puede entender como un acto de resistencia, y como con todo acto de resistencia, la represión es un resultado probable. Esta represión tiene más matices que los porrazos de los maderos o las pistolas de los soldados, aunque esas también se han vuelto en contra de los supervivientes. Estas fuerzas represivas tienen mayor probabilidad de ser mental y emocionalmente devastadoras. Los agentes de dicha represión no nos resultan familiares por sus uniformes o sus placas, sino como nuestros supuestos compañeros y antiguas amistades. Muchos de nosotros estamos acostumbrados a ver solo a la policía en este rol represivo¹, y por supuesto también tienen su papel que desempeñar en la reproducción de la Cultura de la Violación. Pero en nuestras propias comunidades radicales, el rol del Estado en esta reproducción parece reducido. Después de todo, no tiene mucho sentido que el Estado gaste sus recursos cuando tantos autodeclarados anarquistas están dispuestos a hacer el trabajo gratis.

Aquelles que dudan de la brutalidad de este aparato represivo interno probablemente nunca hayan estado en el extremo receptor. Las “comunidades” a las que se recurre con tanta frecuencia con la expectativa del apoyo se movilizan más a menudo contra los supervivientes en nombre de sus agresores, en un desconcertante contraataque. Es difícil ilustrar de forma apropiada lo que muchos supervivientes han tenido que soportar a manos de sus supuestos compañeros anarquistas. Llamarlo campaña de desprestigio difícilmente le hace justicia.

1. Por lo menos entre la mayoría de los anarquistas, la policía es un enemigo anónimo. No tenemos que verles acostar a sus hijos por la noche, no nos cuentan chistes mientras bebemos cerveza, no nos confrontan con la contradicción de su propia humanidad. Este no es el caso de aquellos que son señalados por agresión o abuso dentro de los círculos anarquistas, una realidad que muchos agresores perpetradores aprovechan al máximo.

Por supuesto, generalizar nunca abarcará por completo todas las complejidades en las experiencias de una persona, pero hay muchos patrones que podemos identificar dentro del ambiente anarquista, y todos ellos reproducen fielmente los patrones de la cultura general.

Un ejemplo evidente es el asesinato del personaje de le superviviente. Ningún aspecto de su vida se libra del escrutinio, todes en busca de cualquier detalle que pueda ser usado contra elle. Estos detalles, ya sean genuínos o fabricados cuando sea necesario, son a menudo usados para invalidar sus experiencias de violencia y valorizar a les agresores. Pocas personas serán tan torpes como para acusar descaradamente a une superviviente de mentir, aunque hay más autodeclarades anarquistas dispuestas a hacer esto de lo que nos gustaría admitir. En lugar de eso, la mayoría utilizarán alguna serie de ligeras variaciones como una manera de decir lo mismo.

Quizá une superviviente no dio ninguna pista del abuso mientras lo sufría, quizá consintió cierta actividad sexual pero no toda, quizá sintió la necesidad de revelar ciertas experiencias y guardarse otras, quizá necesitaba tiempo para procesar su trauma y solo lo reveló gradualmente, quizá tenía sus propios problemas con el poder o los límites. Podríamos seguir, pero por supuesto lo que importa no son los detalles en sí mismos, sino cómo pueden ser retorcidos, sacados de contexto, o utilizados para socavar la credibilidad de les supervivientes. Historias del pasado, adicciones, mecanismos de afrontamiento, deudas, inseguridades, incluso la identidad política de une superviviente, para ellos todo es juego limpio². Cuando esta estrategia tiene éxito, les supervivientes son villanizadas y sus atacantes pasan a ser las víctimas de mentiras y manipulación. Pero incluso si fracasa el aparente objetivo de desacreditar a les supervivientes a ojos de la comunidad, el propio proceso puede seguir siendo efectivo al expulsar a les supervivientes de dicha comunidad. Saber que el mero hecho de entrar en un espacio anarquista significa que casi todo el mundo ha discutido en profundidad tu vida personal crea una tremenda barrera, independientemente de las conclusiones que la gente haya podido sacar. Les supervivientes pueden sentirse obligades a anticiparse a esta dinámica al involucrar a sus críticos. A menudo, esto juega con las demandas de

2. Este mismo proceso a menudo se extiende también a la red de apoyo de un superviviente. De hecho, centrarse principalmente en los defensores a veces permite a los agentes de represión seguir fingiendo que apoyan al superviviente, mientras sabotean cualquier apoyo genuino. Estos ataques apenas velados, aunque posiblemente devastadores para los defensores, deben entenderse principalmente como ataques al superviviente, aunque sean indirectos. En los peores escenarios, estos ataques provocan un conflicto degenerado entre los cómplices de la Cultura de la Violación y una red de apoyo, dejando una vez más al superviviente en un segundo plano y sin poder.

“pruebas” o de detalles de las agresiones o del abuso. El aspecto retraumatizante de esto es otro ataque adicional a le superviviente, y con frecuencia más que socavar el conflicto lo alimenta.

A medida que crece la tensión, empieza a extenderse a nuevos terrenos. Las partes anteriormente no involucradas que podrían no conocer siquiera a le superviviente o a la persona agresora quedan atrapades en la creciente algarabía, y la organización se ve interrumpida. Por supuesto, en este punto la normalización se ha roto y el aparato represivo ya no tiene nada que perder si no se contiene.

Les anarquistas que de otro modo despreciarían la política de les liberales ahora recurren a su ideología en busca de refuerzos. “*¡Estas divisiones nos hacen daño!*” lloriquean. Por supuesto, tales divisiones nunca son culpa de les agresores o de sus acciones, sino de les supervivientes por insistir en que el trauma que han experimentado no puede quedar sin respuesta. Se les culpa de despedazar la comunidad y, en última instancia, de socavar “la lucha”. La importancia de este último punto no puede ser exagerada. Los descartes previos de la comunidad en general, que sugerían que “la lucha”. simplemente excluye a les supervivientes y sus necesidades, ahora se aclaran para revelar que, de hecho, estas luchas son diametralmente opuestas. Para que quede perfectamente claro, les anarquistas que sienten que su lucha está siendo socavada por una superviviente están implicades, de hecho, en una lucha contra les supervivientes, ya que son defensores activos de una Cultura de la Violación. A menudo compararán la lucha de les supervivientes con una “*caza de brujas*” cuando elles mismos tienen más en común con los ejecutores que con aquellos quemades en la hoguera.

Como mencionamos antes, si una superviviente puede ser silenciade, y sus experiencias normalizadas en una Cultura de la Violación, la represión se volverá redundante. De ello se deduce que la falta de una represión tan abierta, cuando se acompaña de una falta de apoyo para les supervivientes y de responsabilidad para les agresores, no es indicativa de la ausencia de una Cultura de la Violación, sino todo lo contrario; revela una Cultura de la Violación que está totalmente sembrada, como una ocupación militar que ha arraigado tanto que ha vuelto innecesarios los tanques y los soldados.

Si no puedes vencerles...

Como aludíamos anteriormente, estas medidas represivas pueden dividir realmente las filas de los apologistas más moderados de la violación, socavando el frente común en contra de los supervivientes. Al mismo tiempo, las medidas represivas se consideran como mínimo necesarias cuando se rompe el proceso habitual de normalización. Esto señala una de las mayores contradicciones dentro de la Cultura de la Violación: que la violencia misma en la que se basa para reproducirse también revela su verdadera naturaleza para que todos la vean. Esta contradicción es resuelta por las fuerzas recuperadoras dentro de las comunidades radicales que buscan co-optar el apoyo a los supervivientes y redirigirlo contra ellos. Muchos afirmarán apoyar a un superviviente mientras que, en realidad, socavan su autonomía. Esto se hace generalmente limitando el posible alcance de la respuesta de un superviviente para excluir cualquier cosa que pueda alterar aun más la paz social. Estos falsos acompañantes trabajan para mantener la imagen de una comunidad acogedora pero, en el proceso, evitan cualquier compromiso verdaderamente crítico con la comunidad. Sus herramientas son el lenguaje y los marcos



organizativos que fueron forjados por les supervivientes y sus acompañantes, de los que se apropian con el propósito de desempoderarlos y retorcerlos para usurpar la lucha de les supervivientes.

Inicialmente, fue necesaria la creación de palabras y nuevos marcos para usarlas, ya que ni siquiera existía el lenguaje para que les supervivientes hablasen de sus experiencias. Desafortunadamente, las palabras son fácilmente recuperadas, y ahora podemos ver las limitaciones inevitables de confiar en ellas tan fuertemente. Érase una vez, que les radicales defendieron el uso de la palabra "agresor" como un intento de eludir el estigma de palabras más duras. El marco de Justicia Restaurativa que alguna vez prevaleció enfatizaba la capacidad de cambio de una persona.

"Violador" o "abusador" apenas subrayaban estos valores, y muchos sintieron que mantenía a les violadores y abusadores encerrades en esos roles, al igual que referirse a les supervivientes como "víctimas" potencialmente les mantenía encerrades en un momento de subyugación en lugar de subrayar su fuerza y perseverancia. Por supuesto, ahora nos enfrentamos a una nueva ola de activistas contra la violencia, que lamentan la naturaleza estigmatizada de la palabra "agresores", y abogan por el término aún más diluido "persona que causa daño". Tal vez sea hora de darse cuenta de que si la capacidad de cambiar de les agresores no se reconoce ampliamente, eso es el resultado de sus propias acciones más que de las palabras que usamos para describirles. Esto no quiere decir que no debemos escoger nuestras palabras estratégicamente, o que no debemos usarlas con una fuerte intención, sino que nuestra aparente obsesión con el lenguaje tiene serios inconvenientes. En el mejor de los casos, nos deja atrapades en un ciclo interminable para encontrar las palabras correctas más que para abordar nuestras deficiencias más significativas. En el peor, preserva las dinámicas de poder de la Cultura de la Violación al atribuir la culpa a les supervivientes y quienes les apoyan, en lugar de a les agresores y sus apologistas.

Esta extraña inversión, dónde la negativa de una persona agresora a responsabilizarse es vista, al menos parcialmente, como el resultado de las fallas en la respuesta de le superviviente, es un patrón común del que se aprovechan las fuerzas recuperadoras de la Cultura de la Violación. Los fanzines y los panfletos enumeran estrategias hacia la responsabilidad que buscan evitar que les agresores se pongan a la defensiva, las cuales quizá se entiendan mejor como estrategias hacia la responsabilidad que buscan acomodar la actitud defensiva de les agresores. Lo único que un enfoque así evita es el reconocimiento de que estar la defensiva no es algo que les demás imponen a una persona, sino una

respuesta reaccionaria de la que debemos darnos cuenta y en la que debemos trabajar para que cualquier toma de responsabilidad realmente genuina pueda ser posible. Muchos usarán el término "*a la defensiva*" sin siquiera preguntarse, "*¿defendiéndose de qué?*".

Por supuesto, muchos supervivientes que anticipan la actitud defensiva y el aparato represivo activado por ella han hecho buen uso de dichas estrategias en el corto plazo para iniciar un diálogo, o para formular demandas respecto a la seguridad inmediata sin la meta de transformar a agresores. No tenemos interés en cuestionar las elecciones que hicieron los supervivientes ni desalentar la difusión de estrategias potencialmente útiles (porque, por supuesto, lo útil que podría ser un enfoque determinado solo pueden decidirlo los propios supervivientes). Nuestra preocupación viene cuando la acomodación de la actitud defensiva o de las estrategias implícitas en ella se convierte en una herramienta de falsos acompañantes con la que limitar las posibles elecciones disponibles para los supervivientes, o criticar aquellas elecciones que desapruaban después de que una superviviente las haya hecho. Los debates sobre cómo señalar a agresores rara vez se centran en las necesidades de los supervivientes. "Evitar la actitud defensiva" proporciona el pretexto para desviar la discusión de nuevo hacia las necesidades de los agresores. Una vez que una agresora ha sido señalada, se usa un marco similar para socavar el apoyo a una superviviente. Los falsos apoyos a la superviviente nos aseguran sin cesar que no están enfadados porque se haya señalado a la persona agresora, sino solo por la manera en la que se les ha señalado. Aparentemente, el hecho de que una superviviente haya hablado abiertamente de sus experiencias es considerado más violento y controvertido que la propia violencia de dichas experiencias, las cuales en comparación justifican muy poco debate. La forma en la que la respuesta pública de una superviviente puede reflejar sus necesidades no parece ocurrírseles a los falsos acompañantes, ya que solo les preocupa su propia necesidad de preservar una paz social artificial. De nuevo, vemos a las tendencias liberales asomando la cabeza, ya que la insistencia de los falsos acompañantes en denunciar la resistencia de los supervivientes y en afirmar que también desprecian la Cultura de la Violación mientras minimizan simultáneamente cualquier lucha contra ella, es una reminiscencia de los liberales que afirman estar de acuerdo con los agravios de quienes protestan y, sin embargo, condenan cualquier acción que pudieran llevar a cabo para abordarlos. Los liberales se quejan de que la intensidad y la ferocidad sabotean la lucha, pero por supuesto los anarquistas sabemos que el verdadero problema es que no hemos ido lo bastante lejos.

Como apuntábamos, todo esto es parte de un patrón más grande para mantener

las dinámicas de poder de las que depende la Cultura de la Violación. Hay otros ejemplos, incontables. El proceso de responsabilización en sí mismo puede ser un arma de doble filo. Las comunidades radicales a menudo divorcian los procesos de responsabilización de su lugar dentro de un marco más amplio de Justicia Restaurativa, ofreciéndolos como la única respuesta a la violencia íntima mientras, de forma simultánea, evitan cualquier intento adicional de prevenir la violencia antes de que suceda. Este falso acompañamiento coloca las necesidades de le superviviente en un segundo plano frente a la pregunta de cómo tratar con una agresora, de nuevo priorizando las necesidades de esa persona agresora y manteniendo el patrón de dominación. El poco apoyo que se ofrece a los supervivientes con frecuencia replica esta misma dinámica. Uno de los modelos de apoyo de uso más común, el de plantear demandas a los agresores³, una vez más deja toda la agencia en manos de la persona agresora, especialmente cuando no hay un plan de contingencia en caso de que esa persona se niegue a colaborar. Los supervivientes que se involucran emocionalmente con esos modelos como un camino de sanación a menudo son devastados cuando las demandas no consiguen nada o, peor aun, cuando incitan un nuevo bombardeo de los agresores y sus fuerzas represivas. Es bastante revelador que esos modelos prevalezcan en ambientes anarquistas, donde es ampliamente reconocido que las demandas son mayormente inútiles cuando no se acompañan con la amenaza de la fuerza.

Además de su papel en el contexto más amplio, el propio funcionamiento interno del proceso de responsabilización tiene el potencial de ser secuestrado y usado contra una superviviente. El concepto de Autonomía de los Supervivientes, que una vez formó el fundamento teórico del proceso de responsabilización, es a menudo descartado, transformando el proceso en una forma ineficaz y liberal de resolución de conflictos. Sin estar informados por un análisis claro de la dinámica de poder en marcha, por supuesto, se mantiene el poder predeterminado de los agresores. El objetivo sigue siendo la rehabilitación de los agresores, y, muy probablemente, la continuación de su participación en la comunidad, pero los falsos acompañantes que han secuestrado el proceso de responsabilización ahora pueden hacerlo a expensas de la superviviente, definiendo egoístamente la "rehabilitación" de los agresores de cualquier manera que les resulte conveniente. En los casos más extremos, los procesos de responsabilización serán iniciados en contra de los deseos explícitos de los supervivientes, como un intento de legitimar a los agresores a ojos de los demás. La pretensión de hacer de ello un "asunto

3. En algunos casos, también se hacen demandas a la comunidad en general, a menudo con el mismo efecto.

comunitario"⁴ permite a los falsos acompañantes no solo arrebatarnos el control a los supervivientes, sino también retratar a aquellos que se niegan a cooperar con su propio desempoderamiento como una barrera para la responsabilización. La farsa vergonzosamente común de los falsos acompañantes que informan a un superviviente de que, en realidad, su agresor *"se ha trabajado su mierda"* se deriva de esta dinámica o de otra similar.

En los casos menos extremos, la participación de los supervivientes se permitirá pero solo mientras se mantenga dentro de los parámetros fijados por los falsos acompañantes. Las represalias contra agresores, físicas o de otro tipo, están completamente fuera de los límites. Incluso cuestiones de seguridad inmediata, como compartir espacio con un agresor, están sujetas a la discreción de los falsos acompañantes. De nuevo, vemos un lenguaje radical que se vuelve en contra de los supervivientes, ya que sus demandas de espacio dentro de sus comunidades son tergiversadas por falsos acompañantes y comparadas con el sistema carcelario (por no haber de la rehabilitación la única meta, o por "castigar" a un agresor) o abiertamente referidas como un intento de "desterrar" a los agresores. Por supuesto, la falta de sinceridad de estas preocupaciones se revela cuando proporcionan el pretexto para que sea la persona superviviente la que sea desterrada de la comunidad en su lugar.

El rol de los agresores en el proceso de responsabilización secuestrado⁵ también reproduce su poder. En algunos casos, se les permite formular demandas a los supervivientes o bien plantear criterios sobre su propia participación. Con demasiada frecuencia, cuando se les señala, los agresores o sus apologistas responden haciendo sus propios "señalamientos" a la defensiva. Como se discutió anteriormente, acusarán a la superviviente de cualquier mala acción en la que puedan pensar, o incluso se la inventarán cuando no aparezcan verdaderas fechorías por las que rendir cuentas. En vez de reconocer estos patéticos intentos de difamación como las transgresiones manipuladoras que son, los falsos acompañantes a menudo se unen a los agresores en absurdos llamados a la

4. Esto no quiere decir que los problemas de violencia íntima no sean problemas comunitarios, sino que una comunidad genuina buscará empoderar a sus supervivientes y fomentar su autonomía. Se revela que los aspectos de una comunidad que encuentran sus propios intereses en conflicto con los de los supervivientes no son parte de una comunidad anarquista en absoluto, sino de una guarnición enemiga infiltrada entre nosotros.

5. Por supuesto, una vez secuestrado, ya no es un proceso de responsabilización, y cualesquiera que sean las palabras que usen los falsos acompañantes para describirlo, ya sea una mediación, una resolución de conflictos o un círculo de sanación, el resultado no será la rendición de cuentas.

"responsabilidad" de los supervivientes⁶. Desde esta posición de rectitud de nuevo cuño, y con la complicidad de sus falsos acompañantes, la persona agresora es libre de alterar el carácter mismo del proceso de responsabilización. Lo que empezó como un señalamiento se convierte en algo más parecido a una negociación, ya que la cooperación de la persona agresora se vuelve contingente para que los supervivientes aborden sus preocupaciones. Tal vez algunas de estas preocupaciones podrían incluso ser válidas, pero, por supuesto, lo importante no es su validez sino su papel en socavar la lucha de los supervivientes. El superviviente ahora debe ganarse no solo la responsabilidad que obtiene de la persona agresora, sino también el apoyo que recibe de la comunidad. Aquellos supervivientes que no quieran o no puedan pasar por todos los aros serán descartados. En una perversión final del proceso de responsabilización, los supervivientes serán los culpables de su fracaso, porque no estaban dispuestos a "arreglar las cosas". En este punto, el marco de la llamada "Justicia Restaurativa" ha sido tan distorsionado que solo logra "restaurar" la dinámica de poder de una Cultura de la Violación que, de otro modo, se habría visto comprometida por la lucha de los supervivientes.

Manzanas podridas

En comunidades radicales, especialmente, los apologistas no siempre respaldarán a una persona agresora. En algunos casos, la contradicción de hacerlo sería tan evidente que ni siquiera su propia imagen como "anarquistas" sobreviviría. Una vez más, la ideología liberal viene al rescate. Así como los apologistas de la brutalidad policial insistirán en que esto solo resulta de "algunas manzanas podridas", como una súplica para evitar cualquier análisis estructural de la policía o de su papel en la sociedad, los apologistas de la violación intentarán usar de chivo expiatorio a la persona agresora de forma individual, sacrificándole en el altar de la Cultura de la Violación. Pueden hacer referencia a su propio disgusto con una agresora, o jactarse de que ya no hablan con esa persona, como si estas cosas fueran prueba de lo "solidarios" que son. Por supuesto, la desaprobación de las acciones de una agresora no equivale automáticamente al apoyo a un superviviente. En algunos casos, demonizar a los agresores contradecirá los deseos de los supervivientes, mientras que en otros agresores y supervivientes pueden ser excluidos simultáneamente, ya que el aparato represivo continúa los

6. Mientras tanto, las fuerzas represivas no son tan conciliadoras, y en su lugar utilizan los alegatos defensivos únicamente para atacar a los supervivientes. Quizás esto explique por qué tantos supervivientes se involucran con la farsa de los falsos acompañantes, aunque solo sea porque no parecen tan malos en comparación.

patrones de dominación en ausencia de los agresores⁷. La mera exclusión de los agresores como única respuesta ha sido muy criticada en otros lugares, pero nos gustaría enfatizar que tal enfoque sirve para proteger la Cultura de la Violación al evitar confrontaciones directas con ella. Al hacerlo, los apologistas pueden externalizar los aspectos negativos de la Cultura de la Violación como algo separado de sí mismos. Al proyectar todo en un agresor en concreto (o tal vez en todos), los apologistas pueden desviar cualquier análisis de las relaciones sociales que producen a los agresores, especialmente de su propio papel en ellas. Al señalar algunas manzanas podridas, nos distraen del hecho de que todo el grupo está podrido.

Por supuesto, esto también evita toda la cuestión del apoyo a un superviviente y busca una resolución (por ejemplo, deshacerse de los agresores) que no aborda las necesidades de la persona superviviente. Esto revela la verdadera prioridad de la Cultura de la Violación, ya que usar de chivo expiatorio a unos cuantos agresores aún dejará intactas las estructuras sociales opresivas, mientras que los supervivientes que logran luchar con éxito contra esas estructuras amenazan su propio fundamento. La Cultura de la Violación valora a los agresores tanto como cualquier ejército imperialista valora a sus soldados rasos. Los sacrificará felizmente si es necesario, porque, por supuesto, es la subyugación de los supervivientes, su estado perpetuo de victimización, lo que debe mantenerse a toda costa. Al igual que con el Imperio, solo a través de esta subyugación puede la Cultura de la Violación reproducirse a sí misma.

Librando una guerra contra la cultura

El funcionamiento y reproducción de la Cultura de la Violación es un tema demasiado complejo como para explicarlo o documentarlo al completo. Las crudas generalizaciones y caricaturas que hemos presentado aquí son demasiado simples para recrear fielmente las dinámicas que experimentamos en nuestras vidas cotidianas. Si bien hemos intentado categorizar y definir en aras de la claridad, para asignar una forma a las estructuras opresivas con la esperanza de hacerlas reconocibles, en realidad la mayoría de individuos oscilarán entre distintos roles. Incluso aquellos que a veces podrían salirse de los límites sociales para proporcionar un apoyo genuino, en otros casos pueden ser las tropas de choque más brutales de la Cultura de la Violación. Incluso los propios

7. Dicho esto, a veces los supervivientes querrán que sus agresores sean condenados al ostracismo. Esta es una respuesta válida y comprensible y debe ser respetada. No hay nada mutuamente excluyente en analizar los sistemas de poder y rechazar a los agresores.

supervivientes pueden asumir roles represivos entre sí, seducidos por la perspectiva de subir un peldaño más en la jerarquía social en lugar de ofrecer solidaridad a sus compañeros. Los roles de las personas no son estáticos y los sistemas de opresión no están congelados. La interacción entre las fuerzas silenciadoras, represivas y recuperadoras de la Cultura de la Violación no es conspirativa. Estos elementos, a veces separados pero siempre complementarios, no se reúnen para tramar estrategias o repartirse las tareas. Pero, por supuesto, aquí las colaboraciones no dependen tanto de las asociaciones reales como de un interés compartido. Aquellos con intereses compartidos llegarán a conclusiones similares o trabajarán hacia objetivos similares sin necesidad de interactuar. A través de esto, la Cultura de la Violación se revela no solo como un concepto vago, sino también como las condiciones materiales concretas que llevan a las personas a concluir, consciente o inconscientemente, que su interés radica en silenciar a una superviviente, en ser cómplice de su continua subyugación, o en oponerse activamente a su lucha.

La queja de que la gente “*simplemente toma el camino fácil*” articula parcialmente este problema, pero también lo atribuye solo a momentos de debilidad moral entre los individuos. Esto evade la pregunta más obvia: ¿por qué nuestras comunidades



radicales aún están estructuradas de tal manera que "lo fácil" no es apoyar a una superviviente? ¿Qué lo hace difícil? Una visión más materialista de nuestras respuestas a la violencia interpersonal, una que no mira a la política o el sentido de la decencia de alguien, sino más bien a las condiciones materiales como sus dependencias sociales (por ejemplo, a sus personas cercanas, con quiénes viven, con quiénes se organizan, cuáles son sus redes de apoyo, de qué dependen y cómo se verían afectadas estas cosas al apoyar genuinamente a una superviviente) podría proporcionar una mejor comprensión de cómo nuestros propios intereses son controlados y moldeados por una Cultura de la Violación.

Quizá, el factor mitigante más significativo de estas condiciones es el Poder. Tanto el poder de una superviviente en la comunidad como el poder correspondiente de una persona agresora son clave para dar forma a la respuesta comunitaria. Cuando una agresora tiene muy poco poder en comparación con el de las supervivientes, o cuando no es ni siquiera parte de la comunidad, una demostración simbólica de apoyo en la comunidad cuesta poco y ayuda a mantener el barniz benevolente de la Cultura de la Violación. Por supuesto, este rara vez es el caso. Comúnmente se ha dicho que el apoyo a una superviviente no debe ser obstaculizado por la posición de poder de su agresora en la comunidad, pero la propia posición de poder recibe poco escrutinio, como cualquier posible correlación entre esa posición de poder y la violencia interpersonal (la cual es, en sí misma, una brutal expresión de poder). El fracaso al establecer esta conexión es como preguntar qué vino primero, el huevo o la gallina, y luego insistir en que la gallina y el huevo no tienen nada que ver entre sí. Este punto ciego es especialmente curioso entre anarquistas, que afirman oponerse a todas las formas de poder jerárquico.

De ello se deduce que un análisis genuino del funcionamiento de la Cultura de la Violación debe incluir también un análisis de las relaciones de poder que gobiernan nuestras vidas. Esto implica no solo las jerarquías, formales o no, que persisten incluso en espacios anarquistas, sino también los sistemas de poder mayores que las informan, como el Patriarcado, la Supremacía Blanca, el Colonialismo, el Capacitismo, y demás. Debemos reconocer el lugar legítimo de la Cultura de la Violación dentro de la sociedad capitalista. A través de esto, podemos reconocer la Cultura de la Violación como un mecanismo de control social, ya que refuerza estos sistemas de poder y dominación, los cuales a cambio la reproducen también. Se vuelve entonces necesario socavar las divisiones jerárquicas que sirven tanto para facilitar la violencia interpersonal en sí misma como para moldear los intereses de aquellos que están en condiciones de responder contra ella. Muchos anarquistas rechazan debidamente el egocentrismo

de las políticas de identidad, pero para una resistencia genuina es crucial un análisis agudo de los sistemas de poder, las formas en que estos sistemas ofrecen privilegios para algunos de nosotros pero opresión para otros, y las formas en que nuestras experiencias de estos sistemas de poder influyen en las formas en las que luchamos contra ellos. Para atacar con éxito una Cultura de la Violación, debemos atacar las raíces de este Poder.

La imagen de la comunidad

Muchos activistas contra la violencia parten de la precaria presunción de comunidad; de que una superviviente tiene una base social a la que puede acudir en busca de ayuda, o bien una red de apoyo que escapa a la influencia del poder que acabamos de discutir. Aquí la comunidad se define de manera bastante nebulosa o no se define en absoluto. ¿Es tu comunidad un espacio geográfico, como el barrio en el que vives? ¿Es una identidad o experiencia compartida, como ser queer o negro? ¿Son las personas con las que pasas tu tiempo, como tu familia, compañeros de trabajo o amigos? Una comunidad puede ser una combinación de todas estas cosas, pero ninguna de estas cosas apunta a una posición inherente de apoyo.

Aquello a lo que solemos referirnos como "la comunidad anarquista" es quizá descrito de forma más precisa como una subcultura juvenil⁸. Su naturaleza transitoria y temporal la hace estar infraequipada para un proyecto de larga duración de sanación del trauma. Además, tanto la dependencia como el refuerzo de la Cultura de la Violación por parte de otros sistemas de poder plantean un desafío particular a las comunidades anarquistas de Norteamérica, dominadas por personas predominantemente blancas, de clase media y a menudo masculinas. No es raro que estas comunidades estén tan comprometidas con sus propias posiciones de privilegios que terminen demasiado subordinadas a varios sistemas de poder como para arriesgarse a cualquier ataque significativo contra ellas. En tales casos, la "comunidad" anarquista queda revelada no como un espacio radical desde el cual atacar sino como un cuerpo reaccionario destinado a aplastar estos ataques. Es una "comunidad" y "anarquista" solo en apariencia.

Muchas anarquistas ni siquiera se dan cuenta de la importancia y las interconexiones entre construir comunidad y atacar sistemas de opresión, y aquellos de nosotros que sí lo entendemos raramente hacemos uso de esta conclusión

⁸. Es decir, si estamos dispuestos a describirla tal y como realmente existe, en lugar de definirlo de acuerdo con nuestras fantasías.

más allá de nuestra retórica. Y, yendo quizá más al punto clave, a menudo cometemos el error de asumir que los objetivos de nuestro "ataque" solo se encuentran fuera de nosotros mismos. Aquí, el ataque no se entiende como el enfoque casi militarista que se basa únicamente en la destrucción de la propiedad y los enfrentamientos físicos, una posición defendida por muchos anarquistas. En cambio, el ataque es el proceso a través del cual reconocemos las fuerzas que nos oprimen y buscamos destruirlas. La cuestión de la violencia, de lo que se necesitará para destruir los sistemas de poder, está en gran parte fuera de nuestras manos. El capitalismo, con sus ejércitos permanentes y sus múltiples prisiones, ha dejado perfectamente clara su posición sobre el asunto. Aquellos compañeros entre nosotros que inevitablemente llevan el lastre de la supremacía blanca, el patriarcado y el colonialismo, aquellos que se encuentran en la posición del apologista, pueden esperar ejercer un rango más amplio de opciones. Pueden elegir unirse a nosotros. Pueden elegir, como lo hemos hecho, atacar aquellos aspectos de sí mismos que recrean el viejo mundo, y reforzar el ataque contra aquellos que eligen lo contrario. Debería ser esta elección la que defina a los anarquistas, lo que nos distingue de nuestros enemigos y nos guía hacia nuestros compañeros. Es a partir de esta elección que se vuelve posible toda lucha genuina.



LA GENTE DAÑADA ES PELIGROSA
SABEN QUE PUEDEN SOBREVIVIR

